

## Cátedra de Realidad Nacional

### Los mártires y la inclusión: análisis teológico

Jon Sobrino\*

En esta ponencia quiero hacer algunas reflexiones sobre el lema de este aniversario: “mártires porque querían la inclusión”<sup>1</sup>. Hablaré de dos civilizaciones contrapuestas: una “de la exclusión” y otra “de la inclusión”, en paralelismo a “la civilización de la riqueza” y “de la pobreza” de las que hablaba Ellacuría. En este contexto, al final diré unas breves palabras sobre los mártires de la UCA. Lucharon para que las mayorías excluidas, pobres y oprimidas tuvieran vida. Y fueron asesinados por los responsables de la exclusión, minorías de oligarcas y militares.

Retomemos ahora lo que nos ha dicho nuestra compañera y economista Lilian Vega<sup>2</sup>. “Exclusión” es lo que configura, de forma estructural, a las mayorías de nuestro país y de la humanidad. Ocurre en diversos ámbitos, pero Lilian ha insistido, con buen juicio, en un ámbito fundamental de exclusión: “la economía, sin duda, es uno de esos ámbitos”. Lo es “la vigencia del sistema capitalista y la preeminencia del mercado llevan a una sociedad dual: de los menos, que son los incluidos, y los más, que son las mayorías excluidas”. Esta exclusión se debe también a un diseño de la gestión de lo laboral hoy muy extendido: la mayor disminución posible de puestos de trabajo para que la economía fluya y, como suele suceder, para una mayor acumulación de beneficios. Según esto, la injusticia del capitalismo no consistiría ya solo en la apropiación de la plusvalía, sino que queda reforzada por dificultar e imposibilitar los puestos de trabajo, modo fundamental de vivir y sobrevivir para las mayorías. Es la exclusión más lacerante, y por su causa también va en aumento en nuestros días otra forma de exclusión: los que quedan excluidos de su propio país: la emigración en busca de trabajo.

Lilian formula cuál es la realidad del mundo de exclusión en la actualidad. Por lo que toca a poder vivir, cita unas palabras lapidarias de Eduardo

\* Dirección electrónica: jsobrino@buho.uca.edu.sv.

1. Mucho de lo dicho en esta ponencia se explica más ampliamente en Sobrino, J., *Fuera de los pobres no hay salvación*, Madrid: Trotta Editorial, 2007, San Salvador: UCA Editores, 2008.
2. Ver “Los mártires y la inclusión: análisis económico”, en esta misma edición de ECA. [Nota del editor].

Galeano: “la pobreza mata cada año, en el mundo, más gente que toda la Segunda Guerra Mundial, que a muchos mató”. Es la muerte del cuerpo de los seres humanos, por así decirlo. Y por lo que toca a vivir como hermanos, dice: “El 20% de la población mundial consume el 90% de los recursos o, lo que es lo mismo, 3 mil millones de personas reciben el 1.2% del ingreso total del mundo mientras mil millones de personas en países ricos reciben el 80% del ingreso”. Es el fin de la familia humana, que sucumbe ante el egoísmo, la insensibilidad y el desprecio. Y de ese modo es la muerte del espíritu de los humanos. Lo mismo ocurre entre nosotros a escala salvadoreña.

Esta exclusión es activa, y por ello hay que hablar de “expulsión”. A las mayorías se les impide acceder con normalidad a fuentes de vida, y se les expulsa del trabajo y del país. Esto es ciertamente lo más cruel en la cotidianidad, pero la maldad de la exclusión no termina ahí. En las exclusiones concretas se expresa un dinamismo más profundo y englobante que consiste en una forma de “estar en la historia, excluyendo de la vida a los humanos y empujándolos a la muerte”. Eso, como veremos, ocurre de diversas formas y en diversos ámbitos de realidad. Pero quiero insistir en que entonces nos encontramos no solo ante una u otra exclusión, sino ante “una civilización de la exclusión”.

Ejemplos crueles de exclusión son Auschwitz y El Mozote; hace siglos, el exterminio de indígenas, de su lenguaje, religión y cultura a manos de los europeos, cristianos por cierto y a veces en nombre de cristianismo. Los hechos son horribles, pero más grave aún es la civilización de la que se nutren, basada, burda o educadamente, en la voluntad de “eliminar, excluir, matar”. Es la negación frontal del reino de Dios. “El imperio del infierno”, en palabras de monseñor Romero.

**La exclusión permea todos los ámbitos de la realidad. La más evidente es privar de vida, pero es también exclusión fundamental, aunque no tan palpable, simplemente desconocer a seres humanos, miles de millones de ellos, y así privarles de existencia y de dignidad.**

Digamos ahora una palabra sobre la “inclusión”. Es más difícil de definir por ser, a niveles estructurales, muy infrecuente y menos visible que la “exclusión”. Por eso, como concepto expresa ante todo una esperanza y una dirección de la praxis. Por lo que toca a su contenido, hay que decir, por lo menos, que es lo contrario de la exclusión. En el ámbito decisivo de la economía, inclusión significa que

la economía produzca vida a los niveles básicos, la posibilidad del oikos, el hogar, que capacite para generar familia humana extendida por el mundo, y que dé prioridad al poder trabajar todos —para ganarse el sustento y humanizarse desarrollando sus capacidades—.

En paralelismo con la “expulsión”, la “inclusión” debe adoptar la forma activa de “admisión”, incluso de “acogida”, utópica, pero necesaria para mostrar que el mundo es familia humana. Este dinamismo abarcador “incluyente” configura una “civilización de la inclusión”. Central en ella es la utopía, que en el mundo haya vida y dignidad para todos —formulación más modesta, pero no menos utópica, que la de Ernst Bloch: “que el mundo llegue a ser un hogar para el hombre”—. Y según la inspiración cristiana que profesa la UCA, que ese mundo sea reino de Dios, en el que haya vida para los estructuralmente privados de ella, los pobres. Y que éstos no sean

solo “incluidos”, sino que estén “en el centro” para inspirar y configurar una sociedad humana: es el aporte específico del cristianismo a “la inclusión”.

Acá nos vamos a centrar en la exclusión y la inclusión en cuanto generadoras de “civilización”, de muy distinto signo. Pero digamos antes una palabra sobre lo que entendemos por “civilización”. Para ello recordemos lo que dijo Ellacuría sobre la “civilización” de la riqueza y la “civilización” de la pobreza<sup>3</sup>. En mi opinión, éstas son más abarcadoras que la civilización de la inclusión y de la exclusión, pero están emparentadas. Y lo que ahora interesa es que el análisis de Ellacuría ayude a comprender qué se entiende por “civilización”.

Que yo sepa, aunque le dio muchas vueltas a la idea, Ellacuría no lo definió con total precisión. A veces menciona la “civilización” junto a “un proyecto general de la humanidad”, o como “el orden de valores que configura el mundo”. En cuanto proyecto general, es una realidad abarcadora, desde la cual se deberán comprender sus múltiples modos de expresarse en exclusiones e inclusiones concretas. En cuanto orden de valores, remite a cómo le va a lo humano, no sólo a lo económico, en ese proyecto global.

Para comprender la realidad estructural de una determinada civilización, Ellacuría tenía en cuenta dos cosas: el motor fundamental de la historia y el principio de humanización. En “la civilización de la riqueza”, el motor de la historia es la acumulación del capital, y el principio de humanización es la posesión-disfrute de la riqueza. En “la civilización de la pobreza”, el motor de la historia —a veces llamado principio de desarrollo— es la satisfacción universal de las necesidades básicas, y el principio de humanización es el acrecentamiento de la solidaridad compartida.

La conclusión es clara: en el mundo en que vivimos es necesaria una civilización de la pobreza que pueda sanar una sociedad gravemente enferma por la civilización de la riqueza. En palabras sencillas, la civilización de la pobreza expresa un modo específico de ser humanos, una manera de estar en el mundo, haciendo posible el vivir todos, vivir unos con otros y no unos a costa de otros. Es un proyecto global de humanidad.

Es fácil percibir el paralelismo con la “civilización de la exclusión” y la “civilización de la inclusión”. La primera es la forma que hoy toma la civilización del capital; la segunda es la forma que puede tomar la civilización de la pobreza. Supuesto el análisis de Lilian Vega sobre la exclusión y la inclusión en el ámbito estrictamente económico, vamos a analizar ahora cómo “excluir” e “incluir” expresan y configuran modos globales de estar en el

3. Este fue un tema de madurez, sobre el que volvió varias veces en los últimos años. Véanse Ellacuría, I., “El reino de Dios y el paro en el Tercer Mundo”, *Concilium*, 180, 1982, pp. 588-596; “Misión actual de la Compañía de Jesús”, escrito en 1983 y publicado póstumamente en *Revista Latinoamericana de Teología*, 29, 1993, pp. 115-126; y “Utopía y profetismo”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 17, 1989, pp. 141-184. En estos artículos varían los énfasis en la definición de civilización y sus elementos fundamentales, pero son convergentes. En el último artículo y en otro texto de 1989, “Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 21, 1990, pp. 278-279, también habló de “civilización del capital y civilización del trabajo”. En mi opinión, conceptualmente éstas quedan integradas en aquéllas mejor que a la inversa.

mundo, de ser humanos. Expresan dos “órdenes de valores que configuran el mundo”, “dos civilizaciones”.

### 1. La civilización de la exclusión

“Inclusión” históricamente es hoy un término de esperanza: que haya lugar para todos en el mercado de trabajo, y así en los demás ámbitos de la vida. Lo que existe es lo contrario. En El Salvador, como lo acabamos de escuchar, muchos están excluidos del mercado de trabajo. Pero no es esa la única exclusión. Muchos están excluidos de la vida misma y de la seguridad: al día, de ocho a diez personas mueren asesinadas. Millones están excluidos del lugar que los vio nacer, los que emigran. Y para lograr la inclusión en otros mundos, tienen que superar trámites inhumanos, disgregarse y romperse muchas familias —el oikos primordial, al servicio del cual está la oikonomía—, tienen que arriesgar sus vidas hacinados en containers a través de desiertos, o superando un muro de 1,500 kilómetros. Y allá donde van quedan a merced de otros, quienes los “incluirán” o los “excluirán”, según lo exija o permita el mercado de trabajo. En cualquier caso, estos “incluidos” permanecen siempre como “excluidos” en cuanto ciudadanos de segunda categoría.

Pero ni siquiera estas formas de exclusión, visibles y lacerantes, son las únicas. La exclusión permea todos los ámbitos de la realidad. La más evidente es privar de vida, pero es también exclusión fundamental, aunque no tan palpable, simplemente desconocer a seres humanos, miles de millones de ellos, y así privarles de existencia y de dignidad. En una civilización de la exclusión las tres cosas se entrelazan, y las dos últimas, aunque menos visibles, facilitan la primera, que salta a la vista.

**(a)** A mi modo de ver, en una civilización de la exclusión lo primero que está actuante es el dinamismo de desconocer, privar de existencia a seres humanos, sistemáticamente a los pequeños, débiles y víctimas. Privar de existencia no significa necesariamente dar muerte, violentamente con represión, o lentamente con desempleo, hambre, enfermedades que no se atienden, pudiendo hacerlo. Significa tener por no existentes, o no tener por existentes, a colectividades de seres humanos, miles de millones en el planeta; con mayor precisión, comportarse como si no existieran. Es cierto que siempre hay algún conocimiento de lo que ocurre en el mundo; nadie desaparece del todo. Pero, en la práctica, este mundo no solo hipócritamente, sino ilógicamente llamado globalizado puede muy bien vivir sin enterarse de lo que ocurre “en la parte baja” del globo, con diferencia la más poblada —mientras no afecte peligrosamente a la parte “de arriba”—, como si los seres humanos de “la parte baja” no existieran. Hay personas e instituciones beneméritas, pero lo son a contracorriente. La civilización imperante no empuja estructuralmente en esa dirección, sino en la contraria.

Algunas expresiones de cuán arraigada está en la conciencia colectiva la no existencia de pobres y víctimas son las siguientes. Hay instituciones que hacen listas de “las crisis humanitarias más olvidadas”, y nótese que se trata de “las más” olvidadas, pues las “simplemente olvidadas” son infinidad. Hace todavía poco, seguía estando a la cabeza de la no existencia la

República Democrática del Congo. Se ignora la realidad fundamental: en el Congo millones de seres humanos están sometidos a una situación de penuria extrema y de violencia diaria. Hace una década los muertos llegaron a cuatro millones en una guerra que se originó para que el Norte se apoderase del coltán del Congo, material estratégico, y otros recursos importantes. Y cada kilo de coltán cuesta la vida a dos niños de los que se mueven en recovecos cercanos a la superficie para escarbar el mineral. Esa es, ciertamente, la exclusión mayor. Pero las víctimas pasan desapercibidas para el resto del mundo. Que no existan es exclusión derivada, pero es exclusión necesaria para apoderarse del coltán, y por ello la no existencia es también exclusión fundante.

A veces, algo de la tragedia del mundo se da a conocer, aunque pocas veces afecta en serio a la conciencia colectiva del Primer Mundo. En cualquier caso, se da a conocer en medida vergonzosamente pequeña en comparación con lo que se da a conocer, por ejemplo, el fútbol europeo o el básquet estadounidense. El llamado “globo” hace todo menos “globalizar” el conocimiento de la existencia de las inmensas mayorías de víctimas. La industria del deporte de élite, de la música fácil, de la moda, del turismo —y de los seres humanos que giran a su alrededor— tiene existencia. Las víctimas no. Pobres y víctimas están excluidos de la conciencia colectiva del mundo de abundancia, aunque con frecuencia los produce. Es la exclusión en vida, aun antes de que otras formas de exclusión causen muerte.

Cuando la tragedia no puede ser ignorada se la encubre, y para ello se la maquilla, operación que llevan a cabo las instituciones que manejan el planeta: el FMI, BM, OMC, G-8. Maquillan a través del concepto, con un lenguaje adecuado al maquillaje y con la industria de los medios a su servicio. Usar el lenguaje de “crisis alimentaria”, por ejemplo, es maquillar la realidad, encubrir que la “crisis” es dar muerte, más aún “asesinato”, dice Jean Ziegler, pues el hambre, pudiendo hoy ser eliminada, no lo es. Entre 2007 y 2008, la subida de los precios de los alimentos básicos fue de un 52% en promedio (el arroz, más del 200%), y la consecuencia fue el aumento del hambre. Las cosechas de 2007, sin embargo, batieron récords. Se encubre también que la crisis es realmente “fracaso de la humanidad”, lo que debería llevar a ponerse a pensar, a convertirse, pedir perdón y reparar. Lo llamado “alimentario” termina siendo un adjetivo al servicio de una abstracción. En realidad, lo “alimentario” es “lo necesario para sobrevivir”.

Con ese lenguaje se introduce en la conciencia colectiva que el hambre, aunque se reconozca como cosa triste, dolorosa, no deseable, en definitiva es lo “normal”, no tiene entidad de tragedia. En tanto tragedia no existe. De esa forma, sin ningún desgarramiento importante del tejido social de los humanos, desaparece de la conciencia de la humanidad la existencia de 923 millones de hambrientos y desnutridos —89 millones más que el último año—. Esa es la realidad real tras el artificio del lenguaje “crisis alimentaria”. Los hambrientos y hambrientas reales son privados de existencia, incluso en el concepto.

**También se condena a las víctimas a la no existencia a través de la memoria selectiva que actúa permanentemente. Es ésta una forma recurrente de exclusión en el estudio de la historia: ¿qué existencia tienen los pobladores de América y África anteriores a los europeos?**

También se condena a las víctimas a la no existencia a través de la memoria selectiva que actúa permanentemente. Es ésta una forma recurrente de exclusión en el estudio de la historia: ¿qué existencia tienen los pobladores de América y África anteriores a los europeos, y también de graves tragedias, que persiste hasta el día de hoy? Éstas son recordadas en la medida en que afectan a los grandes y ricos, no a los pequeños y pobres. El 11-S (2001) es machaconamente recordado: terrorismo en Nueva York; también en menor grado el 11-M (2004): terrorismo en Madrid. Del 7-O (7 de octubre, 2001, día en que las democracias bombardearon Afganistán) y del 20-M (20 de marzo, 2003, comienzo de nuevos bombardeos de Estados Unidos contra Irak) no hay memoria. No se sabe a qué aluden los números y letras 7-O y 20-M, pues no han alcanzado la categoría de siglas reconocidas por la llamada comunidad internacional. El fondo del asunto es que esos pueblos bombardeados y sus víctimas no tienen suficiente entidad para poder generar “memoria de ellos”. Los pobres no son candidatos a aparecer en el calendario. Están excluidos de la memoria del ciudadano del Primer Mundo.

**(b)** Junto a la tácita declaración de no existencia, la “civilización de la exclusión” genera y se expresa en la insensibilidad. Es imposible desconocer totalmente la realidad de pobres y víctimas, y por ello siempre hay algún tipo de solidaridad. Pero la civilización de la exclusión hace lo posible para que las víctimas no afecten y la solidaridad sea escandalosamente desproporcionada a lo que aquéllas necesitan y generan los victimarios. De los pobres y las víctimas no afecta mucho el que estén ahí, a la mano. Y a veces no importa absolutamente nada, a no ser que molesten.

El que seres igualmente humanos posean, unos junto a otros, de forma injusta y cruelmente desigual lo necesario para vivir, y “no pase nada”, expresa radical insensibilidad y un agravio comparativo descomunal —a no ser que se apele a algún tipo de racismo insito, que no por ser hoy malsonante ha sido superado eficazmente—.

Contra esa indiferencia se levanta la conocida parábola “del ricachón y el pobre Lázaro” (Lc 16, 19-31), la parábola de nuestro mundo. Si la menciono es porque su origen parece estar en una leyenda egipcia, lo cual muestra que el problema viene de lejos y que no es un parábola “confesional”, sino “humana”. Su mensaje sería que, en la escatología, se revertirá la suerte de buenos y malos: el ricachón al fuego eterno y Lázaro al seno de Abraham. Pero lo que impacta hasta el día de hoy es la crueldad de la escena: un ricachón junto a un mendigo miserable, y que no pase nada. Y lo más impactante es el final. Abraham le dice al ricachón: “Tus hermanos no cambiarán ni aunque un muerto resucite”. Y sigue ocurriendo.

La insensibilidad es contumaz e impenitente. En lugar de decrecer, crece el abismo entre ricos y pobres. Era de 1 a 30 en 1960; de 1 a 60 en 1990; de 1 a 74 en 1997. Ahora debe ser de 1 a 130. Eduardo Galeano escribía que “un ciudadano estadounidense vale lo que 50 haitianos”. De la insensibilidad ante estos datos a la ausencia de arrepentimiento ante una economía de exclusión hay sólo un paso.

A los pobres no solo se les excluye, sino que se les agravia y ofende, aunque los datos aducidos no suelen ser considerados agravios y ofensa,

sino cifras que ahí están. Se sabe que con lo que cuesta un misil, nada digamos un portaaviones, se puede superar el hambre de miles o millones de seres humanos. Entonces, hasta se suele hablar de “escándalo” —no se usa ya el término “pecado”, que significa “lo que da muerte”, por pertenecer al lenguaje religioso, desterrado como no políticamente correcto—.

Pero ocurren otras formas igualmente ofensivas para los pobres en el uso de los recursos de todos, sin que la gente se inmute. Pienso en la megaindustria de la diversión —ciertamente, menos cruel que la industria militar—, lo que no suele merecer ninguna reflexión importante. Afecta a inmensas mayorías, sin mayores problemas. Causa más bien exultación y apasionamiento, pero no toca para nada la conciencia colectiva sobre exclusión e inclusión.

Un ejemplo del fútbol de élite que he mencionado muchas veces: en un partido, el costo de los 22 jugadores era de unos 700 millones de dólares. La prensa deportiva informó del hecho con satisfacción, como diciendo “concentración de tanto capital muestra que las cosas van muy bien”. Pero no se relacionó esa cifra con lo que los países más pobres tienen para hacer frente a alimentación, salud, educación, obras públicas... De hecho, la suma mencionada era un porcentaje elevado del presupuesto nacional de un país del África negra, y podría ser unas dos veces el del Chad. Y si se aduce que los pobres del Tercer Mundo ven en televisión, con gusto, mundiales y juegos olímpicos —lo que no hace desaparecer el escándalo de lo dicho—, habrá que preguntarse al menos si no verían con más gusto —aprovechando incluso la celebración de mundiales y olimpiadas— que los ricos de este mundo les dijese la verdad de lo que les han hecho, les pidiesen perdón, les ofreciesen reparación y se comprometiesen a caminar, juntos, como hermanos y hermanas. Y entonces, se pusiesen a competir juntos. Sería un paso —utópico— hacia la inclusión.

El deporte tiene fundamento en la constitución física, lúdica, social y competitiva del ser humano, de ahí que sea bueno y necesario. Pero eso no garantiza que se practique humanamente. Y ciertamente es triste que sea usado como modo de reforzar el agravio comparativo. Y no se diga que exclusión e inclusión solo tienen sentido cuando se comparan realidades homogéneas, no un partido de fútbol y el presupuesto de un país. Hay suma homogeneidad en los recursos —dinero— invertidos en jugadores y en bienes sociales necesarios.

Más allá de esos ejemplos, “la civilización de la exclusión genera y expresa” distanciamiento global, estructural, entre el Primer y el Tercer Mundo. Así lo captó hace veinte años J. B. Metz<sup>4</sup>, teólogo alemán, sin que la situación haya cambiado lo suficiente para invalidar su juicio. Después de un viaje por América Latina, Metz escribió que se estaba generando y extendiendo por Europa y Norteamérica un “posmodernismo cotidiano de nues-

**Una forma de exclusión es la arrogancia de pensar que el buen vivir y el éxito es destino manifiesto del Primer Mundo, o por capacidad, laboriosidad y talento humano, o por elección divina, privilegio del que no gozan los pueblos pobres.**

4. Metz, J. B., “Con los ojos de un teólogo europeo”, *Concilium*, 232, 1990, pp. 489-496. Las citas están en la p. 491.

tros corazones que aparta a una lejanía sin rostro al llamado Tercer Mundo". Lo que en un país como el nuestro habría que traducir así: "Desde hace mucho tiempo se ha generado una insensibilidad de clases acomodadas, oligarcas, que alejan de sí a las mayorías pobres". A esa lejanía sin semblante, prosigue Metz, acompaña "una estrategia cultural de inmunización", con una "inclinación al aislamiento mental", "acostumbrándonos a la crisis y a la miseria". No se nos remueven las entrañas, sino que nos "encogemos de hombros". Y por lo que toca a cambiar la situación, la arrogancia, "un secreto triunfalismo", dificulta cambiar "nuestra perspectiva".

La indiferencia ante el sufrimiento humano, con excepciones beneméritas y a veces importantes, sigue en pie y de forma estructural<sup>5</sup>. Configura una "civilización de la exclusión", lo que hace más factible sus formas más inmediatas y dolorosas: desempleo, emigración. Esta civilización considera que el motor de la historia es la acumulación del capital en manos de unos pocos, a sabiendas de que mayorías quedan sin trabajo, dignidad y vida—incluso generándolo, cuando esto último es visto como necesario para la acumulación—. Y el principio de humanización consiste en disfrutar de lo acumulado, sin por ello sentir remordimientos de que los otros ni siquiera tengan existencia. Esa civilización configura un modo de sentir, pensar y actuar como si la existencia de excluidos fuera "lo normal".

(c) La civilización de la exclusión se expresa de otras formas, de las que sólo quiero mencionar dos. Parecerán alejadas de tragedias concretas (quedarse sin trabajo o tener que ir a la buena de Dios a un país lejano), pero pienso que están en la raíz de la exclusión.

**La exclusión vive sin examen de conciencia, sin dolor de corazón, sin propósito de enmienda, sin confesión de boca y sin reparación, antiguos requisitos para el perdón de los pecados.**

La primera es la trivialización. Trivializar es no dejar que las cosas tengan peso, que no tengan capacidad—ni menos aún derecho—de afectarnos. El "asesinato por hambre" es una forma de exclusión horripilante, y no debe ser trivializada. Pero en nuestro mundo lo es. ¡Cuánto alivia al espíritu ver ejemplos de antitrivialización, como el que aparece en Los hermanos Karamazov! Para Iván, el asesinato de niños inocentes es una realidad última, que en modo alguno se puede trivializar. Un niño es destrozado por los perros que suelta un general retirado porque el niño, jugando, ha estropeado su jardín. En la novela, la muerte de un niño inocente suscita la pregunta por la existencia de Dios, ya que no impide dicha muerte. Para salvar a Dios, a Iván su hermano Aliosha le dice que la muerte inocente del niño puede recuperarse en una armonía universal, el cielo—y Dios queda justificado—. Pero Iván no se deja convencer y responde: "Si me invitan a ese cielo, desde ahora devuelvo la entrada".

Lo que me interesa recalcar es que hay aberraciones que no tienen compostura, ni en esta vida ni en la otra. Hay que tomarlas absolutamente en

5. Al texto original de 2008 añadido una cita actual. Hace 17 años, Nicolás Castellanos, obispo emérito de Palencia, se fue a trabajar como sacerdote a Bolivia. En un viaje por España acaba de repetir lo mismo que escribió Metz: en Europa y en España "se vive al margen de la solidaridad" (Ver "Castellanos denuncia que en Europa se vive 'al margen' de la solidaridad", *Periodista Digital*, domingo 24 de mayo de 2009).

serio, y no se las puede trivializar de ninguna manera, ni lógica, religiosa o nihilistamente. Qué ocurra con Dios podemos dejarlo ahora en el misterio<sup>6</sup>, pero la muerte de un niño inocente no se puede trivializar ni siquiera invocando a Dios. Vale para hoy. Apartar a una lejanía sin semblante, como dice Metz, las muertes de niños por hambre, “excluirlos” de la realidad más real, seguir como si nada serio hubiera pasado, es trivializar la realidad. Refuerza una “civilización de la exclusión”.

La segunda forma de exclusión es la arrogancia de pensar que el buen vivir y el éxito es destino manifiesto del Primer Mundo, o por capacidad, laboriosidad y talento humano, o por elección divina<sup>7</sup> —que de todo hay—, privilegio del que no gozan los pueblos pobres. Esto ocurre más ingenuamente en Estados Unidos, y más sofisticadamente en Europa.

Esa conciencia de destino, elección, genera una arrogancia metafísica. Así, para el mundo de abundancia podrá ser lamentable la pobreza y miseria en el Tercer Mundo, y la tragedia de África puede conmover. Pero eso, en sí mismo, no hace que se tambaleen los cimientos de lo real. Si esa misma miseria y tragedia ocurriese en el Primer Mundo, Boston, Madrid, Roma, sí se tambalearían los cimientos de la realidad. En palabras sencillas, el Primer Mundo dice: “Lo real somos nosotros”.

Es ésta una afirmación metafísica —que no tiene por qué expresar arrogancia ética— o demencial, pero sí es eficaz. En definitiva, hace que vivamos a infinita distancia de los excluidos, y con la naturalidad de que “así son las cosas”. Volviendo al texto citado de Eduardo Galeano, se pregunta “qué pasaría si un haitiano valiese lo que 50 ciudadanos estadounidenses”. La pregunta es lógicamente impecable, pero a nadie se le ocurre hacerla. De esa forma —genial— se afirma cuán convencidos estamos de cuál es nuestro destino y cuál el de los pobres de este mundo. El abismo insalvable entre los humanos tiene una dimensión cuasi metafísica. La exclusión es normal. Es la “civilización de la exclusión”.

Para terminar este apartado hay que reconocer el crecimiento de organizaciones de solidaridad, los aportes del PNUD y de la OMS, de los foros sociales y de muchas otras iniciativas al conocimiento de la realidad. Pero todavía se quedan cortos. Y sobre todo no tienen poder, y algunas de las organizaciones posiblemente ni voluntad suficiente, para contrarrestar la exclusión que generan los poderes determinantes del planeta: ONU, BM, FMI, G-8. Éstos generan exclusión real. Muchos medios de comunicación y, en buena medida, también universidades la facilitan.

## 2. La civilización de la “inclusión”

Es más fácil hablar de la exclusión que de la inclusión, pues aquélla abunda mucho más que ésta, sobre todo desde una perspectiva estruc-

6. Véase lo que escribí en *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, San Salvador: UCA Editores, 1999, pp. 347- 351.

7. Bien vio el peligro el profeta Amós. Los israelitas no tienen por qué jactarse de su elección, pues también ha elegido Dios a los cusitas, pueblo perdido en la lejana Etiopía. Y también sacó de Creta a los filisteos, y de Quir a lo arameos (*cf.* Am 9, 7).

tural. Pensando en la “civilización de la inclusión” vamos a recordar, en primer lugar, algunos presupuestos necesarios para erradicar las raíces de la “civilización de la exclusión”, y mencionaremos después algunas características de “la civilización de la inclusión”. Es fácil captar cuán dificultoso es todo ello.

La exclusión vive sin examen de conciencia, sin dolor de corazón, sin propósito de enmienda, sin confesión de boca y sin reparación, antiguos requisitos para el perdón de los pecados. Historizarlos sería un gran bien para superar hoy pecados sociales estructurales. Ya hemos hecho examen de conciencia y confesión del pecado de exclusión. Veamos ahora brevemente los otros tres puntos.

El dolor de corazón significa que la exclusión llegue a las entrañas de la sociedad como dolor real, no como concepto o como algo a tener en cuenta para evitar males mayores en el ordenamiento político o económico, por ejemplo. Desempleo y emigración causan dolor evidentemente, pero ese dolor debe impregnar a la sociedad y a sus dirigentes, de modo que se pueda hablar de dolor social.

El propósito de enmienda suele asomar cuando la magnitud de la crisis, como ocurre ahora, puede alcanzar a todos, no solo a los lázaros, sino también a los epulones. Entonces surgen propuestas de solución. Pero antes hay que cumplir lo que deben ser propósitos más fundamentales: decir a las víctimas la verdad de lo ocurrido y por qué ha ocurrido.

La reparación a los excluidos es la primera exigencia de la justicia, además de expresar delicadeza humana. En la civilización de la exclusión, rara vez, si alguna, el capital ha pedido perdón al trabajador. Rara vez se ha preguntado cuánto le debe, de qué magnitud es la deuda y cómo devolverle lo robado. En la civilización de la inclusión eso es esencial.

Una civilización de la inclusión debe atacar directamente la exclusión en la economía, por difícil que sea. Para ello hay que tener muy presente la distinción entre economía y crematística que hace ya 25 siglos hacía Aristóteles y fue recogida por santo Tomás. “La primera es el arte de satisfacer las necesidades de todos de cara a una ‘vida buena’. La segunda es el arte de enriquecerse sin límites, de la cual afirma que es antinatural y que lo desnaturaliza todo”<sup>8</sup>.

Para ello se necesitan soluciones estructurales, “modelos económicos, políticos y culturales que hagan posible una civilización del trabajo como sustitutiva de una civilización del capital”<sup>9</sup>, en lo que insistía Ellacuría. Y presupone la denuncia científica y profética de los modelos de exclusión. Al final de su ponencia, Lilian Vega sugiere siete pasos concretos para una economía de la inclusión.

Pero hay que erradicar no solo “formas” de exclusión, sino la “civilización” de la exclusión como tal: el egoísmo y el desprecio objetivos, estructurales, permanentes, cuya esencia es excluir. Para ello hay que generar

8. Véase lo que dice José Ignacio González Faus en un pequeño escrito: “Recuperar la economía”, *Vida Nueva*, 2656, 17 de abril de 2009, pp. 23-30.

9. I. Ellacuría, “El desafío de las mayorías pobres”, *ECA*, 493-494, 1989, p. 1078.

elementos antitéticos. La dificultad es evidente, pues en la historia egoísmo y desprecio es lo que está in possessione.

Me voy a fijar en tres cosas que fomentan “el orden de valores que configura el mundo” y, así, una “civilización de la inclusión”. Son, además, connaturales a la UCA, por ser universitarias, pluralidad de saberes, y por ser de inspiración cristiana, con vocación de servicio a las mayorías populares. A través de la docencia en diversas facultades, de la investigación y de la proyección social puede ayudar a promover existencia, compasión y generosidad.

**(a)** Superar la no existencia se hace muy concretamente al poner nombre a pobres y víctimas. Así al menos se les devuelve existencia. Puede parecer un mínimo, pero es un máximo. Evidentemente significa romper el silencio sobre guerras, injusticias, desprecios activamente ocultados, y sobre sus causas y responsables. Pero su significado más profundo consiste en dar existencia a las víctimas, pues eso es lo más silenciado. Que se sepa, por ejemplo, cuándo los indígenas de nuestro continente fueron excluidos, en qué forma y por quiénes. Y lo mismo de los campesinos y obreros, las mujeres y los niños, y hasta la madre tierra.

Ejemplo eximio de ello son las homilias de monseñor Romero. Están llenas de nombres, y pienso que monseñor inauguró, ciertamente entre nosotros, lo que después se ha llamado “memoria histórica”, no solo en el ámbito de lo legal, sino en el ámbito más radical de lo humano. Pero lo importante es el principio que le guiaba: deben ser mencionados todos y cada uno de los nombres de las víctimas; en lo posible también las circunstancias de los hechos y quiénes fueron los victimarios. Y ello dure lo que dure la homilía. Se debía evitar “la exclusión” que genera el silencio. Es poner en práctica el principio de inclusión.

Y además de existencia, al ponerles nombre les devolvió una dignidad especial, cosa que no se hace. Con frecuencia monseñor Romero hablaba de las víctimas con palabras de máxima hondura cristiana: “ustedes son el divino traspasado”, “el siervo sufriente de Yahvé”. De esta forma otorgaba dignidad cristiana y religiosa a un mundo silenciado y despreciado. En lo personal, si por algo deseo la canonización de monseñor Romero es para que, en él, tengan nombre todos los mártires y víctimas de El Salvador. Y si de canonizar se trata, ojalá se canonicen a “monseñor Romero y todos los mártires del Tercer Mundo”. De no ser así, se seguirá manteniendo a millones de seres humanos en la no existencia.

Superar la no existencia de las víctimas, ponerles nombre y devolverles dignidad se puede hacer desde varias ramas del saber que se cultivan en la UCA: filosofía, psicología, sociología, historia, literatura, teología, teoría de comunicaciones... Sobre eso hay que investigar, eso hay que enseñar y de eso hay que crear conciencia colectiva a través de la proyección social. Es promover la “civilización de la inclusión”.

**La misericordia es re-acción a la acción de estructuras que excluyen y expulsan. Es defender a las víctimas, enfrentarse con los victimarios y correr los riesgos que eso genera. No hay otra forma de generar una “civilización” de la inclusión.**

**(b)** Superar la insensibilidad y el desprecio se hace muy concretamente en el ejercicio universitario de la razón compasiva —en teología hablamos del ejercicio de la inteligencia como *intellectus amoris*— y de una proyección social transida de compasión y misericordia. Ayudar a erradicar estructuras de muerte y propiciar estructuras —al menos recintos— de vida, sanar heridas de cuerpo y espíritu, con medicina y derecho, ingeniería y arquitectura, ciencias políticas, naturales y exactas, tecnología y ecología, y ciertamente con *oiko-nomia*, lo que construye casa, hogar, es necesario para generar una civilización de la inclusión, siempre que esos conocimientos y praxis estén guiados por el principio de misericordia. Es la inclusión de acoger a los que sufren.

Sólo quiero insistir en que eso no debe concebirse sólo ni primariamente como ayuda al desarrollo, sino fundamentalmente, y con prioridad lógica sobre todo lo demás, como ejercicio de misericordia. Nuestra sociedad produce víctimas y se aprovecha de ellas. La misericordia es re-acción —como la del buen samaritano— a la acción de estructuras que excluyen y expulsan. Es defender a las víctimas, enfrentarse con los victimarios y correr los riesgos que eso genera. No hay otra forma de generar una “civilización” de la inclusión.

**(c)** Actuar con generosidad y entrega para superar el egoísmo. Una universidad está hecha de saberes, pero también está hecha —valga el simplismo— de seres humanos. Los conocimientos y praxis deben corresponder a la magnitud de la exclusión. Pero para superar la raíz de ella hay que dar también testimonio de generosidad y entrega reales, pues la exclusión se basa en lo contrario. Y la generosidad y entrega otorgan también credibilidad a los conocimientos. Y así los hace más eficaces.

Cuando la defensa de los excluidos en contra de los excluidores se mantiene hasta el final, entonces puede ocurrir el martirio. Hace 19 años ocurrió en forma cruel. Ahora puede suceder de otras formas. Y por cierto, en cualquiera de sus formas y matices, persecución y martirio verifican también si la UCA se deja guiar o no, y hasta qué punto, por la inspiración cristiana.

Hay que estar claros: entrega y generosidad no pertenecen a la civilización de la exclusión. Ésta más bien las repudia. Pero son necesarias porque la “inclusión” no cae del cielo. Por ella deben luchar los excluidos, por difícil que sea superar el desánimo, y debiera luchar la comunidad internacional y sus instituciones, muy responsables de la exclusión. Ciertamente deben luchar la UCA y la Iglesia, animando a unos y exigiéndolo a otros. Y dada la naturaleza de ambas instituciones, pueden dar algún ejemplo de la necesaria “conversión” para “revertir” la historia de la exclusión.

### **3. Una “civilización con una herencia de mártires”**

Es lo que hicieron los mártires de la UCA. Si me permiten unas palabras personales, en otros lugares, ciertamente en universidades, pero incluso en iglesias, no es fácil hablar de mártires. Suele sorprender e incluso molestar. “Mártir” suena al “horror de sangre derramada”. Pero entre nosotros “mártir” suena, ante todo, a un gran amor, a entrega a las víctimas. Suena

a darlo todo a fondo perdido, con el riesgo de perderlo todo, y viviendo así hasta el final. Mártires son entonces “los consecuentemente misericordiosos”, como Jesús, hasta la cruz. Por eso los llamamos “mártires jesuánicos”. Y mientras esté el mundo como está son necesarios.

Según la tradición cristiana, hay que recordar que exclusión es pecado, mortal y estructural. Y el pecado no se erradica sin algún tipo de “cruz”. Ignacio Ellacuría, en este auditorio, en presencia del presidente Cristiani y del presidente Arias, citando a los padres de la Iglesia, dijo hace 19 años las siguientes palabras: *nulla salus sine effusione sanguinis* (no hay salvación sin efusión de sangre). Fueron palabras fuertes, que resultaron verdaderas en él, en sus compañeros y en muchos otros por lo que toca a la sangre. Pero también por lo que toca a la salvación, aunque esto no sea fácil determinarlo con exactitud. Con su martirio se generó un dinamismo de salvación, se firmaron acuerdos de paz, en lo que se suelen fijar más los analistas. Pero su idea de universidad, por ejemplo, ha quedado como referencia insustituible para una universidad del Tercer Mundo con inspiración cristiana. Y más de fondo, en muchos lugares su forma de vida, su modo de estar en la realidad, ha quedado como referente iluminante y motivante. Ha empujado en la dirección de una “civilización de la inclusión”.

Relacionar, pues, en este XIX aniversario, “martirio” y trabajar por la “inclusión” no es artificio piadoso. El martirio muestra el destino de quienes luchan contra la exclusión, de modo que ellos mismos quedan “excluidos”. Pero muestra también la generosidad a fondo perdido y sin límites de quienes luchan por la “inclusión”. Y eso trae salvación.

Lo recordamos porque estamos en tiempo de aniversario de mártires, pero también para desenmascarar una falacia extendida, al menos hasta hace poco: la superación de la exclusión y, en general, de los males de este mundo se podría muy bien realizar sin costos mayores. Revertir la historia se podría hacer sin dolor, sin tener que luchar ni contra el pecado de fuera, ni contra el egoísmo de dentro. Más bien nos decían que un egoísmo bien entendido, bien organizado, bien administrado será beneficioso para todos. Bastarían nuevos y mejores conocimientos, en este caso sobre todo de las ciencias de la economía, y nuevas y más eficaces medidas, sobre todo del mundo del poder político. Es la esperanza falaz que nos comunican, con mayor o menor elegancia, los poderes dominantes, y lo difunden los medios sin pudor alguno. Pero lo que realmente vienen a decir es que no quieren perder aquello de lo que se han apoderado injustamente y que pertenece a los “excluidos” de siempre, sea cual fuera la forma que toma la exclusión. Ahora, con la crisis de “la crisis” el optimismo falaz no es políticamente correcto. Pero siempre queda la tentación del capital de salir adelante sin ellos sufrir mucho.

Termino. Un aniversario es para recordar y celebrar, pero sobre todo para dejarnos empapar de vidas generosas y compasivas hasta el final. No solo debemos hablar de ellos, sino escuchar lo que nos piden. Y ya que fue-

**En nombre de Dios, debemos volcarnos hacia los excluidos. Y debemos también estar abiertos a algo más difícil: recibir de ellos y agradecerles lo que, sin saber, hacen por nosotros. Pienso que nada civiliza más a una sociedad enferma que dejarnos curar por las víctimas, y agradecerse.**

ron jesuitas, escucharles con la actitud que pide san Ignacio en los ejercicios espirituales ante “el rey eternal”. Jesús nos invita a la misión. Y san Ignacio nos pide “no ser sordos a su llamamiento”.

Y una última palabra. Como la UCA es de inspiración cristiana, solemos rezar el Padre Nuestro. Es la proclamación radical de la inclusión. En nombre de ese Dios, debemos volcarnos hacia los excluidos. Y debemos también estar abiertos a algo más difícil: recibir de ellos y agradecerles lo que, sin saber, hacen por nosotros. Pienso que nada civiliza más a una sociedad enferma que dejarnos curar por las víctimas, y agradecerse.